



## Comentario bibliográfico

**Sandra Gayol, *Una pérdida eterna. La muerte de Eva Perón y la creación de una comunidad emocional peronista* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2023).**

***María Paula Luciani***

*Escuela Interdisciplinaria de Altos Estudios Sociales/  
Universidad Nacional de San Martín*

*mluciani@unsam.edu.ar*

*Fecha de recepción: 31/10/2024*

*Fecha de aprobación: 01/11/2024*

**U**na pérdida eterna... es un libro audaz. El título comienza por deslindar un objeto, pivotante entre un nombre propio y un hecho caro a la memoria colectiva argentina, pero el libro es, en rigor, una invitación a pensar varios temas convocantes. Veamos. El título atrae de inmediato porque aloja un nombre de probado magnetismo. Por eso mismo, el curioso que desprevenidamente se tope con el trabajo en un anaquel cualquiera de una librería, deberá conjurar enseguida las voracidades biográficas que pudieran llegar a asaltarlo. Sandra Gayol nos previene en la portada: esta no es una investigación sobre la vida de Eva Perón

sino sobre su muerte. Así, nos prepara para hacer un viaje heurístico y hermenéutico por una zona liminal: la de la enfermedad, agonía y muerte de la mujer más icónica de nuestro siglo XX. Hacer foco en el fallecimiento “como un evento en sí mismo” (p. 15) le permite abordarlo como un hecho político y cultural singular, donde se ponen en juego los sentidos múltiples dados por los contemporáneos a la vida de esta figura pública, que incidieron además en las formas del procesamiento de su deceso. Entonces, si bien la vida de Eva puede no ser el *leit motiv* de la obra, ese pulso late, tanto para lectores casuales como para baqueanos.

Seguidamente, el modo en que el interés de Gayol por la muerte pública se imbrica con sus preocupaciones por las emociones y los afectos en relación con las identidades políticas, transforma el análisis de este “evento monstruo” (p. 16) en una oportunidad para observar la afirmación del peronismo como comunidad política y emocional. Así, la “historia de las emociones”, en boga en los últimos años, brinda una serie de herramientas interpretativas fructíferas para indagar un movimiento proclive a los *locus* emocionales al momento de narrarse y de decodificar sus lazos políticos. Como la propia autora señala, la historiografía coincide en que, a la hora de comprender el peronismo, debe desbordarse el problema de su impacto socioeconómico para profundizar en distintas dimensiones de su —en palabras de Daniel James— “impacto herético” (p. 17). Enfocar estas cuestiones para reflexionar sobre el peronismo deviene, entonces, un llamado a hacer presente la relación entre la política moderna y las emociones para, desde allí, complejizar una asociación extendida entre populismo y emocionalidad, a menudo aludida como una faz de la manipulación. Entonces, *Una pérdida eterna...* es también un trabajo original sobre el peronismo o, deberíamos precisar, sobre el peronismo en una de sus horas aciagas: la que combina la cornisa de la polarización política, la administración sinuosa de la crisis económica y la pérdida de su principal referente femenina, entre los años 1950 y 1952.

Para los lectores forasteros del “giro emocional”, es importante precisar que aquí las emociones están lejos de ser el territorio de la irracionalidad o de estados interiores personalísimos. Se trata de prácticas producto de la interacción de los sujetos con el mundo, disposiciones que implican “valoraciones cognitivas, formas de percepción o de pensamiento cargadas de valor y dirigidas a un objeto u objetos” (p. 23). Gayol abreva principalmente en los conceptos de “comunidad emocional”, de Bárbara Rosenwein, y de “régimen emocional”, de William Reddy, para pensar los

modos en que las emociones, los afectos y los sentimientos pueden sustentar un vínculo colectivo de pertenencia con cierta transversalidad, sin perder de vista que el peronismo en el poder puso a rodar una serie de normas del sentir esperables y aceptables, inteligibles a partir de sus políticas públicas, normativas, medidas, discursos oficiales, dispositivos de difusión de labor partidaria y gubernamental, etc. En este sentido, es de destacar que el libro no solo se pregunta por Eva y su muerte y por quienes sintieron al peronismo como un elemento clave de su subjetivación política, sino por aquellos que sentían una declarada incomodidad o rechazo frente a él. *Una pérdida eterna...* es minucioso y ambicioso en su entramado y en sus objetivos, porque incluye una invitación a pensar el antiperonismo, en tanto amalgama diversa en la que, no obstante, pueden detectarse experiencias comunes de sufrimiento emocional políticamente connotadas.

En la introducción se sintetizan tres argumentos ordenadores de la lectura del trabajo. El primero, que la muerte de Evita fue un hecho “arrollador” (p. 16) y esencial para la afirmación y distinción del peronismo como una comunidad emocional. Si, desde sus orígenes, el peronismo se había entendido como producto de la yuxtaposición entre política y afecto, presentándose como un movimiento de seres emparentados por sus formas de sentir y pensar, Eva había cultivado un estilo político en el cual la “política de las emociones” era una marca registrada de su vinculación con las masas. El dolor por su pérdida emerge como una fragua donde amor, dolor, felicidad y sacrificio se consolidan como protagonistas de un canon afectivo. El segundo argumento del libro es, en relación con esta constelación de emociones, que una de las características del peronismo fue haber puesto en un lugar central la atención debida por la política al dolor ajeno, envolviendo al movimiento en el imperativo de la empatía. Se constituía, entonces, una organización política que reconocía el dolor popular y se comprometía a remediarlo. Los días más felices serían, desde entonces, peronistas. Gayol reconoce que fueron tiempos de mayor pregnancia de las emociones en el conjunto de la vida política. De allí, su tercer argumento: que las emociones también impregnaron fuertemente las articulaciones opositoras al peronismo. Así, los años peronistas se dibujan en el libro como una experiencia individual y colectiva, social y política envuelta en un “universo pasional” (p. 22), cuyos vaivenes dejarían marcas perdurables, y donde vale una pregunta: ¿había lugar allí para los indiferentes?

La atención de la obra se ubica en los lenguajes como vía de acceso a las experiencias emocionales y se reparte entre el discurso y el accionar oficiales, manifestado en diferentes ámbitos, escalas y niveles, y el modo en que ellos se nutrieron y retroalimentaron de experiencias, prácticas y expresiones individuales y colectivas “desde abajo”. Con paciencia de orfebre, Gayol se mueve entre disposiciones y decretos gubernamentales, periódicos, revistas, distintos testimonios de época, entrevistas, fuentes audiovisuales, cartas, telegramas e imágenes a través de seis capítulos. Su corpus es riquísimo y su escritura generosa: nos muestra a una historiadora preocupada por los detalles, que reconstruye y cuenta tanto como comparte los laberintos y los puntos ciegos de su afanosa búsqueda. Cuando las fuentes mancan o cuando no podemos conocer todo lo que quisiéramos sobre ellas, nuestro oficio nos permite conjeturar e imaginar lo históricamente posible y esto distingue a *Una pérdida eterna...*

El primer capítulo analiza la enfermedad pública de Eva Perón, esto es, las dinámicas que convirtieron a su salud en tema de interés social y político, ya no confinado a su círculo de confianza. Gayol destaca las vacilaciones gubernamentales sobre cómo administrar esta agenda que coincidió, además, con dos momentos trascendentales: el intento de golpe de Estado de Benjamín Menéndez en septiembre de 1951 y las elecciones generales, un mes y medio después. La contingencia ponía al peronismo ante la impugnación abierta de las Fuerzas Armadas que lo habían visto nacer y, simultáneamente, ante la posibilidad de refrendar su poder en las urnas, esta vez, inaugurando el voto femenino. La enfermedad de Evita se visibilizaba en una coyuntura decisiva. ¿Qué decir, cómo decirlo y qué callar sobre ella? ¿Cómo lo tomarían propios y ajenos? La autora repone la alternancia de la voz e iniciativas oficiales con los comportamientos populares, en el marco del paulatino retiro de Eva Perón de la escena pública. Lo hace mediante un seguimiento de la cantidad, tono y contenido de los partes médicos de la Subsecretaría de informaciones, de la multiplicación de homenajes y misas por su recuperación —impulsadas por una miríada de actores gubernamentales, partidarios, religiosos y gremiales pero también por asociaciones de la sociedad civil cercanas al peronismo— y, finalmente, del entrelazamiento de las primeras noticias sobre la enfermedad y el tratamiento médico con eventos diversos de la campaña electoral de 1951. Mientras “cómo estaba Eva” se convertía en parte de la conversación social y coadyuvaba a la cohesión de una comunidad en torno a qué hacer frente al dolor y la preocupación, las altas esferas parecían

dubitativas ante el riesgo de la pérdida de su líder. Se sabe: mostrarse vulnerable y sensible en el poder puede abrir la peligrosa barrera de la debilidad política.

El capítulo 2 está estrechamente vinculado con el primero al proponer un ejercicio complementario: escudriñar lo que la autora llama el proceso de autoglorificación (p. 81) de Eva Perón, en su rol de principal articuladora de la “política de las emociones” peronista, para captar el papel jugado por su propia exégesis del deterioro y su asociación con la figura del martirio en los meses finales. Para Gayol, el análisis de sus discursos e intervenciones públicas desde 1944 hasta 1952, ayuda a comprender no solamente el modo en que el peronismo proponía hacer de la felicidad una realidad efectiva para los dolientes de la patria, sino la forma en que la enfermedad de Eva terminaría funcionando como una suerte de inmolación ante la comunidad emocional. Si la compasión por el dolor ajeno subyace a la ubicuidad de la imagen de una Evita incansable, trabajando de sol a sol en su despacho de la Secretaría de Trabajo y Previsión y, más tarde, en la Fundación Eva Perón y el Partido Peronista Femenino, la experiencia del dolor propio y asilado en su cuerpo, se hace ofrenda y sacrificio explícito, en andas de la equivalencia entre el amor romántico a Juan Domingo Perón y el amor político al pueblo peronista. En este proceso, las palabras de la líder son tan importantes como su corporalidad, sus gestualidades y su voz. Al analizarlos, “la vida por Perón” pasa de ser una declaración de compromiso político y militante a una voluntad de gobernar los sentidos de la propia muerte. En el capítulo, entonces, se ve cómo Eva intervino delimitando lo admisible y esperable dentro de esta comunidad emocional, configurando modos correctos de ser peronista, de homenajearla y de entrelazar las experiencias personales con la democratización del bienestar.

El tercer capítulo es el corazón del libro y el más extenso. Su objetivo es reconstruir distintos aspectos del peculiar y prolongado funeral de Evita. Para la autora, este abrió un paréntesis en lo cotidiano, una suerte de “tiempo extraordinario” donde el duelo tuvo su “centro” simbólico en la capilla ardiente ubicada en el Ministerio de Trabajo, pero que se arremolinó y amplificó en iniciativas de diversos poderes y niveles de gobierno, en rutinas burocráticas y administrativas, en actos partidarios, en ceremonias eclesásticas, en reuniones sindicales y en la participación acongojada de individuos anónimos. Dice la sabiduría popular que los funerales son para los vivos. Así lo entendió el decreto oficial que justificaba la decisión de despedir a Eva Perón con honores de je-

fa de Estado, aún sin encontrarse ocupando cargos en la función pública: amén de sus contribuciones, eran el amor y el dolor del pueblo los que empujaban a dar un cauce formal a la partida de una figura construida en los márgenes de lo institucional. También fue por y para los vivos la extensión de la duración del velorio, ante la necesidad de conjurar el desorden y la ansiedad de las largas colas frente al edificio de la calle Bolívar, que dejaron un saldo de varios muertos y heridos durante los primeros días. Efectivamente, el capítulo repone la atmósfera de un evento encuadrado oficialmente y atravesado a la vez por la espontaneidad de las miles de almas involucradas, varones y mujeres de todas las edades, que besaban el cristal del féretro, rezaban, lloraban o traían flores sin precio de mercado. Son páginas en las que la autora no deja pregunta por hacerse. Le interesa considerar el carácter ritual del funeral respecto de otros funerales de estado, el lugar que adquiere el evento en relación con otras fechas de la mitología peronista y sus sentidos concretos en el marco de la coyuntura política particular en que tuvo lugar (p. 117). Para ello, se detiene en dramatizaciones, símbolos, objetos, espacios, momentos, roles, prácticas ritualizadas y creativas —y, a veces, generizadas—, que zurce combinando un conjunto variadísimo de fuentes, datables desde el momento del anuncio oficial de la muerte la noche del 26 de julio de 1952 hasta un mes más tarde, cuando el cuerpo ya descansaba en la CGT. El cierre es sugerente: la procesión de traslado del cuerpo de Evita simboliza el modo en que la comunidad emocional se ordenaba en torno a Perón. El orden y las jerarquías la asemejaron más a un desfile militar que a una concentración casual y si bien el pueblo tuvo un lugar importante, esta vez fue más bien el de asistente. Yacente ya en la CGT, el cuerpo de Eva se descentraba de los espacios asociados al poder público para filiar-se con uno de los ámbitos clave de la construcción de su poder político, mientras Perón reordenaba la escena, reconcentrando en sí el doble poder carismático que había caracterizado a los primeros años peronistas y acompañando el regreso al tiempo de los vivos: el lunes 11 de agosto retomaba, así, sus actividades en la Casa Rosada (p. 169).

Es bueno leer los capítulos 4 y 5 en diálogo. Mientras el primero se concentra en el papel de los medios de comunicación ligados al oficialismo en la elaboración narrativa de la muerte de Eva mediante la construcción de relatos para la conmoción y comunión colectiva, el siguiente analiza un corpus de telegramas y cartas enviadas mayoritariamente a la Subsecretaría de informaciones, que ansiaban llegar de algún modo a Perón. Así, aparecen contrastes interesantes. Si en el cuarto

capítulo se aprecia un esfuerzo mediático por esbozar guiones del dolor donde el silencio y el llanto se quieren aglutinantes y tendencialmente homogéneos —es Argentina toda la que llora, a tal punto que se pone en suspenso lo socialmente esperado del comportamiento de varones y mujeres—, las cartas y telegramas se yerguen como testimonios del dolor personal, señalando la diferencia con quienes no pertenecen a la comunidad: quienes escriben para dar fe de su pesar, no solo relacionan su recorrido personal con las políticas públicas y las interpelaciones del peronismo, sino que se sienten parte de los “buenos argentinos” que lloran a Eva Perón. Se trata de posicionamientos que asumen la existencia de una tristeza genuina e introducen la discusión sobre la autenticidad del ser peronista, expulsando la simulación fuera de la comunidad emocional y conduciéndonos al problema de cómo vivieron la experiencia quienes no la hicieron suya.

Otra lectura combinada de estos capítulos permite reflexionar sobre la decodificación del papel de Perón en este momento de pasaje. En esta línea, Gayol muestra cómo las publicaciones construyeron una imagen de padre sereno y autocontrolado que, aún doliente, contuvo la pena colectiva, en estrecha ligazón con la idea de lealtad. Era su liderazgo preexistente el que heredaba y reabsorbía la emocionalidad evitista y el amor que la rodeaba, asegurando la continuidad del proyecto político. Pasando al capítulo 5, podemos ver cómo esas epístolas de la democratización de la escritura ante la muerte —donde se mezclaban lo público y lo privado, los formulismos y las expresiones originales— perseguían el acortamiento de las distancias con lo más encumbrado de las dirigencias políticas. Recorrerlas nos brinda un panorama sobre las acciones de sujetos de procedencias y trayectorias disímiles que, desde sus lugares, creían necesario acompañar al viudo, dejando prueba de la lealtad como una corriente recíproca.

En el último capítulo, se ilumina el funeral desde el punto de vista de quienes lo encontraron irritante, cuando no oprobioso. La autora considera un conjunto heterogéneo de publicaciones de tono opositor (artículos anónimos, prensa local y uruguaya, prensa partidaria opositora, entre otros), aparecidos entre los años 1951 y 1958, interesándose por las articulaciones entre emociones y política vehiculizadas en sus interpretaciones del velorio. La amplitud temporal de estas fuentes permite pensar cómo las valoraciones sobre el evento configuraron un llamado urgente a la acción política opositora durante los gobiernos peronistas, que condensaban sentidos condenatorios globales sobre el peronismo, y resultaron en una oposición cada vez más activa,

que incluso post 55 seguiría encontrando en estas narrativas argumentos para su praxis política presente. Gayol elige puntualmente tres tópicos recurrentes en la aproximación opositora a nuestro “evento monstruo”: la burla y la ira frente a las presiones por el uso público del color negro como signo de luto; el lugar de las lágrimas como expresión *sine qua non* del dolor auténtico en el “régimen emocional” peronista, desafiado por la idea de que en el funeral había “lloronas” contratadas y, finalmente, la insistencia en la apelación al resentimiento como un descriptor atribuible tanto a Eva como a las masas peronistas. Tematizando estas cuestiones, la autora explica cómo se enarbolaron y circularon representaciones del peronismo que enfatizaban sus rasgos autoritarios y totalitarios; su invitación al desborde emocional, feminizado y a contramano de los códigos civilizatorios de la modernización política y, finalmente, su interpretación como un movimiento de resentidos sociales que habían encontrado en Eva Perón una representante de sus demandas de igualdad. Para el antiperonismo más radical, el peronismo aparecía como un problema político y moral y, por tanto, la reeducación emocional de las masas estaba llamada a ser parte fundamental de la “desperonización” (p. 287). En esa dialéctica, el resentimiento atribuido a los y las peronistas jugaba a la mancha venenosa con la oposición y se transformaba en un vector decisivo del sufrimiento emocional de quienes “no habían sido felices” durante esa década.

Como intentamos compendiar, *Una pérdida eterna...* se aventura en múltiples rincones y, por eso, será valorado por las más variadas razones. La deformación profesional nos lleva a subrayarlo como una prueba de que todos los pasados dependen de nuestra capacidad de interrogarlos. A través de sus más de trescientas páginas, Gayol demuestra cómo una ceremonia del adiós puede ser la excusa perfecta para considerar el conflictivo ensamble de nuestra historia política contemporánea y hasta darnos elementos para meditar —algo más desapasionadamente, si cabe— nuestras encrucijadas actuales.